

Quedan de él páginas literarias; quedan celebradas ilustraciones de libros; quedan dibujos y acuarelas; su actividad estética alcanzaba con perfecto dominio a los géneros más diferentes.

* * *

No podríamos cerrar estas líneas sin referirnos una vez más al busto de chilena a que al principio nos referimos y que aquí se reproduce.

Es una antorcha estremecida de vibración espiritual aquella cabeza de Enriqueta Petit; solloza en sus ojos una angustia oprimida, un fino dolor de humanidad; el cabello le hace de estupenda diadema; cabeza de Gorgona, diadema de serpientes entrecruzadas veía en esas trenzas Bourdelle.

Fué hija predilecta del escultor esa obra; conoció al modelo en los bancos de sus discípulos en uno de los viajes a Europa de Enriqueta Petit; inició el busto en ese período; vuelta ella a Chile, quedó inconclusa la obra y se inició una correspondencia frecuente en que el maestro la instaba a volver a París, no sólo para terminar el busto, sino también para que ella se consagrara a la vocación pictórica para la cual estaba ricamente dotada. Enriqueta Petit volvió a Europa; su hogar, compartido con Luis Vargas Rozas, se hizo doblemente hogar artístico, y Bourdelle ha cerrado los ojos viendo inmortalizada aquella cabeza que tanto le sugería.—ALFONSO BULNES.

<https://doi.org/10.29393/At58-17PARM10017>

Poesía de los ángeles

DESDE la armoniosa promesa de *Marinero en tierra* las alas de los ángeles habían dado un ritmo ingrávito a la poesía de Rafael Alberti, que en cada libro recibe una decantación que lo acerca a una más pura y perfecta sencillez. En *Cal y Canto*, poesía arquitectónica, admiramos la gracia estilizada de *Araceli* y el amaneramiento de una paráfrasis incompleta de las *Soledades* de don Luis de Góngora. El gran poeta cordobés, tan castigado en vida por el celo de sus contemporáneos, encuentra en ocasión de su tercer centenario la más amplia rehabilitación estética. Toda una generación ahogada por los tópicos del novecientos busca otra vez en la senda gongorina el camino de la liberación.

Un claro pensador señala el peligro. Los más avisados del

nuevo equipo literario lo advierten. Se trata de mostrar en la nueva poesía lo que cada poeta tiene de personal e inédito. No de seguir un módulo neo-gongorino que venga a sustituir el cliché modernista de los secuaces de Rubén Darío. Porque el cisne del maravilloso nicaragüense había sufrido espúreas y clandestinas reediciones de mentidos y falaces discípulos.

Góngora, una vez más, era un camino. No olvidemos que en su siglo sus enemigos más encarnizados sucumbían al imperio tiránico de su seducción y, acaso sin saberlo, lo imitaban. Y cuando Verlaine le tuerce el cuello a la elocuencia pone como sentencia inicial en un soneto este bello verso de don Luis: *A batallas de amor, campo de plumas*. Y Papadiamantopoulos (el poeta franco-griego Jean Moréas) tenía este grito de guerra: *¡Viva don Luis de Góngora y Argote!* Y Darío, al iniciar la renovación de la lírica española, evoca al poeta cordobés en versos inolvidables.

Cal y Canto, bello libro de Alberti, salva difícilmente el peligro de caer en una imitación de Góngora. *Sobre los ángeles*, el último libro que el poeta entrega al público, inicia una serie que los editores titulan *Nueva Literatura*. Y entre los autores de la biblioteca aparecen buenos conocidos nuestros: Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, José Bergamín, Jorge Guillén. Nombres todos de lo más representativo de la joven literatura española.

Alberti, como iniciador de la serie, es un bello acierto editorial. No planteamos con ello la estúpida cuestión de las preeminencias literarias en un movimiento que está en marcha revelando a cada paso aspectos inesperados en personalidades que no tienen la magistral pretensión—diríamos mejor la profesoral pretensión—de decir la palabra definitiva en una literatura que recién empieza a crear sus medios de expresión. Porque, tras la época febril de los programas y los manifiestos, bella ilusión disparatada y romántica, los poetas empiezan a hacer lo que habían olvidado. Empiezan a hacer poesía. El manifiesto y la proclama y el cartel, que tanta semejanza alcanzaron a dar a las capillas literarias con los equipos deportivos y las montoneras políticas, son la actividad adjetiva al margen de la obra poética, que es lo sustantivo. Pero, síntoma de una época desorientada, se comenzó por una campaña intensa de propaganda revolucionaria que no alcanzó a cuajar en obra alguna que pueda recordarse. Hubo palabras que alcanzaron prestigio místico: «vanguardia», «futurista», «creación». Se creyó por un momento que la incoherencia era la poesía y, tras una serie de aventuras cinematográficas, Vicente Huido-

bro apareció como el Cristóbal Colón del nuevo mundo literario.

Se quiso hacer una poesía que significara la ruptura total con el pasado. El poeta, como Dios, sacaba de la nada su orbe poético. Pero, sin resolverla, ya que no somos jueces para dictar sentencias de validez universal, planteemos simplemente la cuestión: ¿podría ser tan absoluta la incompatibilidad con el pasado teniendo como medio de expresión el lenguaje, producto eminentemente social, que evoluciona y se transforma siguiendo el ritmo de los tiempos, pero del que es imposible prescindir cuando se trata de comunicar poéticos pensamientos?

Creemos que se trata más bien del patético engaño de toda juventud que se imagina, ilusa, que comienza con ella la historia del mundo. Siempre habrá sobre la tierra una generación clásica que trata, por sutiles maneras, de establecer el imperio de las formas puras y armoniosas aunque haya de someterse para ello a austeras y casi ascéticas disciplinas. Habrá a su lado una generación romántica, desenfrenada y acometiva, que despreciará la muerte y el ridículo para agitar triunfalmente en las barricadas como una bandera la bella melena combatiente que en el viento de la batalla palpita con una épica vibración.

¿Cuál de las dos actitudes es la justa? Coexistiendo, tienen las dos su hora en la república literaria. El arte de la forma serena amenaza estereotiparse en cliché. La conmoción romántica hace crujir los cimientos de las arquitecturas más firmes y, sin producir sino gestos y alaridos literarios, despoja al arte consagrado de su gravedad sacerdotal. Empiezan a ser llamados a revisión los principios de las escuelas tradicionales. Se piensa en un momento: ¿cuál la eficacia de los grupos y de las capillas? ¿Y si cada poeta tratara de expresarse a sí mismo? Es el canto matinal de una nueva poesía.

He tratado de describir la trayectoria psicológica de los movimientos literarios. No me refiero a ningún caso particular. Creo que, con variantes de detalles, funciona el mecanismo en la forma que presenta mi esquema.

No conozco *La amante* ni *El alba del alhelí*, libros de Alberti publicados en 1926 y 1928. Puedo hablar de él a través de *Marinero en tierra*, poesías de 1924, publicadas en 1925, de *Cal y Canto*, poesías de 1926-27 y *Sobre los ángeles*, poesías de 1927-28, publicados ambos en 1929.

En el primero de sus libros, curiosa mezcla de poesía popular e infantil estilizada en el estilo culto de un gran poeta, escribía Juan Ramón Jiménez:

Poesía «popular», pero sin acarreo fácil: personalísima; de tradición española pero sin retorno innecesario: nueva; fresca y acabada a la vez; rendida, ágil, graciosa, parpadeante: andalucísima.

Alberti añorará con nostalgia:

Si Garcilaso volviera,
yo sería su escudero;
qué buen caballero era.

Mi traje de marinero
se trocaría en guerrera.
ante el brillar de su acero;
qué buen caballero era.

¡Qué dulce oírle, guerrero
al borde de su estribera!
En la mano, mi sombrero;
qué buen caballero era.

A Rabindranath Tagore le dice sencilla y pulcramente:

¡Dejadme pintar de azul
el mar de todos los atlas!

Mientras, saludame tú,
cantando el agua del alba,
pájaro en una palmera
que mire al mar de Bengala.

¿Y los ángeles? Entre unos *Viajeros* San Rafael agita las alas. Hay una invocación al patrón de los caminantes. Y en la *Elegía del niño marinero*:

Cinco delfines remeros
su barca le cortejaban.
Dos ángeles marineros,
invisibles, la guiaban.

Tendió las redes, ¡qué pena!,
por sobre la mar helada.
Y pescó la luna llena,
sola, en su red plateada.

Una mujer del siglo XIX («Rosa de Alberti, que tocaba, pensativa, el arpa») le hace evocar los querubines:

¡Miradla Querubín de querubines,
del vergel de los aires pulsadora,
Pensativa de Alberti entre las flores!

En *Cal y Canto* trabajan los ángeles albañiles:

Escayolados de frío,
astrales blusas de nieve,
de los séptimos andamios
del Paraíso descienden,
dorados los palaústres,
por invisibles cordeles,
tres ángeles albañiles
para socavar mis sienes.

Al filo de una ventana
del segundo cielo, ausente,
y al libre y libre albedrío
del aire que vuelve y vuelve,
en rumbo de luces idas,
sin saber si van o vienen,
y en colcha de tersas cales,
desnudo mi cuerpo duerme.

—Ángeles, ¿qué estáis haciendo?
Derribada en tres mi frente,
mina de yeso, su sangre
sorben los cubos celestes,
y arriba, arriba y arriba,
ya en los columpios del siete,
los ángeles albañiles
escalán astros y hoteles.

En *Sobre los ángeles* encuentro la humorística apoteosis de esta poesía fina, amable y aristocrática. No faltan a la cita que se dan en este libro ni el ángel desconocido, ni el ángel bueno, ni los ángeles bélicos, ni el ángel de los números, ni el ángel sin suerte, ni el ángel desengañado, ni el ángel mentiroso, ni los ángeles mohosos, ni el ángel ceniciento, ni el ángel rabioso, ni los ángeles de la prisa, ni los ángeles crueles, ni el ángel ángel, ni el ángel de carbón, ni el ángel de la ira, ni los ángeles vengativos, ni el ángel tonto, ni el ángel del misterio, ni los ángeles mudos, ni el ángel avaro, ni los ángeles sonámbulos, ni el ángel de arena, ni el ángel de las bodegas, ni los ángeles colegiales, ni el ángel falso, ni los ángeles de las ruinas, ni los ángeles muertos, ni los ángeles feos, ni el ángel superviviente. Tomemos, al azar, un ángel. Sea el ángel de las bodegas:

Fué cuando la flor del vino se moría en penumbra
y dijeron que el mar la salvaría del sueño.
Aquel día bajé a tientas a tu alma encalada y húmeda.
Y comprobé que un alma oculta frío y escaleras
y que más de una ventana puede abrir con su eco otra voz, si es buena.
Te vi flotar a ti, flor de agonía, flotar sobre tu mismo espíritu.
(Alguien había jurado que el mar te salvaría del sueño.)
Fué cuando comprobé que murallas se quiebran con suspiros
y que hay puertas al mar que se abren con palabras.

La flor del vino, muerta en los toneles,
sin haber visto nunca la mar, la nieve.

La flor del vino, sin probar el té,
sin haber visto nunca un piano de cola.

Cuatro arrumbadores encalan los barriles.
Los vinos dulces, llorando, se embarcan a deshora.

La flor del vino blanco, sin haber visto el mar,
muerta.

Las penumbras se beben el aceite y un ángel la cera.

He aquí paso a paso toda mi larga historia.
Guardadme el secreto, aceitunas, abejas.

Acaso más de un lector proteste por la extensión de la cita. Yo no estoy lejos de acompañarlo. Pero quiero destacar, con las excelsas virtudes de la poesía albertiana, sus radicales y rastreros defectos. En *Cal y Canto* adquiriría el poeta la clara conciencia de un clásico. No pierde en *Sobre los ángeles* ninguna de sus magníficas conquistas. Al contrario, simplifica y purifica su expresión. Pero su afán de sencillez lo arrastra a prosaísmos indefendibles. Se ve la intención de producir el efecto dietonante de una vulgaridad ingeniosa pero no se puede celebrar el resultado. Acaso el poeta, preso en la cárcel gongorina, quiere librarse de la tiranía de la metáfora y respirar un aire más puro y más libre. Inútil protesta. El poeta, como Nietzsche decía, danza encadenado y será poeta más grande el que, paradoja viviente, sin romper las cadenas, inicie en su prisión un aire ascensional como de vuelo. Admiro las bellas imágenes de Alberti pero no puedo seguirlo en su rebuscamiento de una prosa incoherente y desarticulada que, aunque afecte la forma tipográfica del verso, carece de toda virtud rítmica. No me alarma el rebuscamiento. En último término la poesía acaso no sea sino el rebuscamiento de una bella forma que rime con la esencia del pensamiento poético. Pero el rebuscamiento de la vulgaridad, ¿puede ser considerado labor de poetas? Como siempre, siento el horror de sentenciar sobre estas cuestiones y prefiero formular el problema.

Creo a Rafael Alberti una de las más bellas inteligencias de la poesía joven de España. En más de una ocasión, en estas páginas y fuera de ellas (1), he subrayado con admiración las excelencias de la obra albertiana. Y ahora, al subrayar mi des-

(1) Ver *Tres poetas españoles* en pág. 243 del Tomo XI de *Atenea y Poesía del Mar* en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 4 de Agosto de 1929.

acuerdo, no hago sino completar aquellas entusiastas y sinceras laudatorias. Porque sintiendo como siento la curiosidad y hasta el amor de lo nuevo, no compartiré nunca el servilismo de lo nuevo.

Ni es malo lo antiguo por ser antiguo ni es bueno lo nuevo por ser nuevo. ¿Cuál ha de ser entonces la fórmula precisa del amor de estéticos deleites? Hay que eliminar la pretensión de un resultado matemático. El interno equilibrio ha de brotar de factores diversos: temperamento, formación literaria, entusiasmo incondicional, duda sistemática. Ni una actitud de prevención contra la obra de arte ni una entrega tan fácil que se deje sobornar por el lírico halago de su canto. Hay que acercarse a la poesía con una pasión inteligente. El poeta, el primero. Y después su lector que, cuando lee, es también un poeta.

Encuentro yo esta actitud de espíritu en los mejores poemas de Rafael Alberti. Pero el poeta que llega a la clásica perfección en *Araceli* ensaya la actitud romántica en los fragmentos de un libro que anuncia con el estrafalario nombre de *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*. Creo, sin exageración, que se trata de la más heroica exaltación del disparate que se haya intentado jamás en lengua castellana. Dios me libre de alarmarme algún día de las audacias de los jóvenes, a mí que quisiera vivir en vértigo permanente de audacia y de peligro. Pero, aplaudiendo la belleza del gesto, me duelo de la pobreza del resultado. En esta poesía del tonto, o como quiera llamársela, estamos muy lejos de los ángeles.

Y en el bello tratado poético *Sobre los ángeles* conocemos toda la múltiple y varia fauna alada y admiramos la gracia de su vuelo aunque, por desgracia, en más de una ocasión, tengamos que sufrir porque a un querubín se le quiebra un ala o porque un arcángel—todo un arcángel—arrastra por la tierra su cauda luminosa.—ROBERTO MEZA FUENTES.